

## LIBRO TERCERO.

### EL CRISTIANISMO Y EL ESTADO.

#### CAPÍTULO I.

##### EL FIN DEL MUNDO Y EL CRISTIANISMO.

###### § 1. — Jesucristo y el reino de Dios.

###### I.

El cristianismo es hoy á nuestros ojos como el punto de partida de una inmensa revolucion; Jesucristo abre una era nueva en la cual marcha todavía la humanidad. Contemplamos todavía delante de nosotros un campo inmenso que recorrer en la vía de un progreso continuo. Imbuidos en esta idea, la probabilidad del fin del mundo actual nos inquieta poco. Este momento se aleja, por decirlo así, á medida que avanzamos en la vida, porque cada progreso que realizamos aumenta en otro tanto nuestro poder, ensancha nuestro horizonte; el momento de la consumacion de los siglos retrocede al ver lo que nos falta por hacer para realizar nuestra mision aún sin salir de las condiciones actuales de nuestra existencia. La conviccion de un destino terrestre, cuyo fin no descubrimos, tiene una influencia necesaria en la concepcion de la vida. Tenemos la conciencia de que el género humano tiene por

mision en esta tierra desarrollar las facultades intelectuales y morales que ha recibido del Creador; imaginamos un ideal de perfeccion, al cual no llegaremos, porque nuestros medios son limitados, pero hácia el cual nos dirigimos sin cesar. Perfeccionar al hombre, tal es el fin que nos proponemos. Pero el hombre no está aislado; el vínculo de la solidaridad le une con sus semejantes; las condiciones de la vida física le relacionan con la tierra en que habita.

El perfeccionamiento del individuo no puede, pues, realizarse sino mejorando el medio en que vive; de aquí la importancia de las cuestiones económicas y sociales. Estos intereses absorben hoy á la humanidad; olvidamos que, si bien somos ciudadanos de la tierra, somos tambien miembros de una ciudad más grande, el universo; que nuestra vida actual no es más que un eslabon de una cadena infinita. Las preocupaciones materiales proceden de la falta de una fe religiosa; sin embargo, no es posible negar que estos intereses son legítimos. Al porvenir corresponde reunir en bella armonía todas las fases de la vida. La tierra no debe hacer que el hombre olvide el cielo, pero tampoco el cielo debe hacerle olvidar la tierra.

Este olvido, este desprecio de la tierra, la aspiracion ardiente, exclusiva hácia la *otra vida*, caracterizan al cristianismo, al ménos en la primera fase de su desarrollo. Para los cristianos, el Evangelio no era la profecía, la preparacion de una sociedad nueva: era el anuncio del fin del mundo. Era necesario huir á toda prisa de este mundo corrompido, romper todos los vínculos que unen al hombre con la familia y con el Estado, para poder entrar en el reino de Dios. ¿Para qué contraer matrimonio, para qué dedicarse á la agricultura y al comercio, para qué tomar parte en la gobernacion de la ciudad ó del imperio, cuando de un instante á otro Jesucristo iba á destruir la tierra é inaugurar el reino de los cielos? La tierra desaparecia, y nadie se cuidaba más que de la esperanza del cielo.

Durante siglos vivieron los cristianos bajo el imperio de esta idea. Los Padres de la Iglesia pensaron y obraron bajo esta misma influencia. Se concibe cuál debia ser la concepcion de la vida en una creencia que anunciaba como próxima la muerte universal.